

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

X
¡ AL AVIO !

Ni Enrique el portugués ni el ambicioso Paquillo, habían logrado sentar plaza en alguna de las tres naos, que al cabo de poco días estaban prontas, llenadas todas las formalidades que la Casa de Contratación exigía y con su tripulación completa. Sólo faltaba volver a botar la latina, puesta a monte, ya carenada, calafateada y lista para navegar.

Contra la opinión de Solís, que opuso muy serias objeciones, los señores oficiales habían mandado que se embarcaran los bastimentos de la nao antes de ponerla a flote. D. Pedro de Isásaga y los de su bordo, no pudiendo impedir que el marino se saliese con la suya, trataban de contrariarlo en todo cuanto pudieran sin provocar abiertamente el enojo del Rey, y Solís adujo en vano que, cargando la nave en seco, se la exponía sin necesidad a muy grave peligro.

- *¿ No tenéis tanta prisa ? ¡ Pues ganad tiempo, qué diablos !* – replicábale el minúsculo y avieso oficial, forzado por sus funciones a tratar con el piloto, muy contra su deseo.
- *Presto y bien no se conviene* – decía el

marino—. *Preferiría tardar más e ir más seguro...*

Era el 15 de septiembre (**Nota** : de 1515), y Solís contaba zarpar a principios de octubre para hallarse en el otro hemisferio en plena primavera austral.

Aquella mañana todo estaba dispuesto para botar la nao, ensebadas y enjabonadas las correderas y colocadas las muletas, listos los cables para regular el deslizamiento en la botadura. Los curiosos hormigueaban, estorbando la maniobra, pese a los gritos y reniegos del maestro Diego García, y a los empellones y testarazos de sus hombres. Llegado el momento y a una voz de mando estentórea del de Moguer, cortáronse a hachazos las amarras, el barco pareció vacilar antes de ponerse en movimiento, y comenzó a deslizarse lentamente, acelerando su marcha mientras un cabo regulador no venía a oponerle pasajero obstáculo. La gente boquiabierta guardaba silencio, los curiosos observaban, con la ligera emoción inseparable de estos actos, sabiendo que, pasara lo que pasara, ya no era posible intervenir. Todo iba bien. Resbalaba el barco, humeaban ligeramente las imadas y las gualderas, crujían los puntales antes de caer, la redonda popa entraba ya en el río, cuando se produjo un brusco bamboleo, la nave entró de golpe en el agua haciéndola saltar como ola que rompe en un cantil, osciló con violencia y

se tumbó, al propio tiempo que de todas las bocas brotaba un alarido ... El agua con sordo fragor se precipitó a torrentes por todas las aberturas, inundó el casco y lo echó a pique en un abrir y cerrar de ojos. La carabela, cargada en seco a pesar de las protestas de Solís, acababa de zozobrar por culpa de "esos señores" de Sevilla ... (**Nota** : 15 de septiembre de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXLV-CCXLVI)

El marino parecía desesperado y furioso, y Francisco de Torres trataba inútilmente de calmarlo. Con ellos se habían reunido los otros dos pilotos de la expedición, Juan de Lisboa (**Nota**: TORIBIO MEDINA, p. CCCXXXVIII), que debía mandar la carabela perdida, y Rodrigo Alvarez de Cartaya (**Nota** : TORIBIO MEDINA, ibidem), segundo a borda de la Portuguesa, capitana de Solís. Diego García trataba de explicarle la causa del desastre.

- *¡ Culpa de esos entrometidos de la Casa !
¡vive Diego ! que no saben dónde tienen las narices. ¡ Pues no quisieron ordenar ellos mismos la estiba ... ¡ Así ha salido ! ... Un tropiezo en la juntura de la imada, un balance, y la carga entera mal ordenada se fué a estribor, y con ella el barco al demonche ! ... ¡Malhaya la gente que va do no la llaman y se mete do no se la necesita !*

Corría el maestro del grupo de los pilotos a la orilla del río, en la que se apeñuscaba la multitud

cada vez más densa ; siguióle Solís, logrando a duras penas disimular su furor. Bien había visto que la catástrofe era irreparable : la nao no podría ponerse a flote, y con ella se perdían todos sus bastimentos. Además del gran perjuicio material, además de la secreta satisfacción de sus enemigos, el marino miraba el accidente como presagio funesto para su expedición. Y así lo consideraron muchos.

García daba órdenes a su gente para que tratase de salvar algo de lo que estaba a bordo y de lo que, arrebatado por las aguas, flotaba en el Guadalquivir a merced de la corriente. A los marineros uniéronse voluntariamente el portugués y Paquillo, impulsados por la misma idea de hacerse útiles. Montes, embarcado en un batel, pescaba con un bichero cuanta veía a su alcance, y el chiquillo, insigne nadador, y buzo de nacimiento, penetraba en la nave sumergida, para no volver a la superficie, resoplando como una foca, sin traer algún objeto. Pero los voluntarios no eran ellos solos. Del gentío vociferante que aumentaba por momento en la marina y remolineaba como azogado, desprendíanse otros hombres de buena voluntad cooperando en el salvamento ; pero al salir del agua solían extraviarse, y en vez de depositar lo rescatado en el rimero que iba formándose en la orilla, tomaban distraídamente el camino de la ciudad, felices con aquella inesperada pesca en río revuelto.

Paquillo, en una de sus buceadas, logró llegar a la cámara del capitán de la nao en el alteroso castillo de popa que estaba en parte a flor de agua, y a tientas se apoderó del cofrecillo destinado a contener los papeles de a bordo, y otros objetos. Reapareció triunfante, nadó hacia la marina, tomó tierra y corrió gritando de orgullo a depositar su tesoro. Este hecho determinó su fortuna. El cofre estaba vacío, pero no por eso era menos meritoria su proeza. Así lo juzgó el maestro, al verle aparecer como un tritón de bronce, destilando agua por todos sus harapos.

- *¡ Vive Dios que éste es el gitanillo de marras !*
– murmuró García. Y dirigiéndose al chico : –
Búscame más tarde, arrapiezo. Quizá haya a bordo algo para tí.

El chico se rascó, simultáneamente, la cabeza con la mano, al no encontrar el birrete que el río se había llevado como un despojo, y la desnuda pantorrilla derecha con el descalzo pie izquierdo. Pero no dijo nada. Al oír tamaña nueva su audacia habitual se convirtió en timidez, y girando como un trompo sobre el pie derecho lanzóse de carrera hacia la orilla.

Después de tomar las pocas medidas que permitía tan completo revés, Solís, apartándose del tumulto de la playa, había ido a dar cuenta del suceso a los oficiales reales, para retirarse en seguida a bordo de la Portuguesa, y escribir al Rey deslindando responsabilidades.

En la Casa de la Contratación ya se sabía naturalmente lo ocurrido. Por lo poco que oyó de boca de Isásaga y alguna confidencia del contador López de Recalde comprendió el marino que los oficiales iban a apresurarse a culparlo de impericia, a cargar sobre él el peso de su malquerencia, a acusarlo una vez más de "*hombre ligero e inconstante*", a quien no debía encomendarse nada de importancia.

- *¿ Qué contáis hacer ?* – le había preguntado López de Recalde.
- *Zarpar con lo que resta, como si nada hubiese pasado* – contestó Solís. – *No han de poder más esos señores, por cuya culpa, intencional o no, se malograría el viaje, con gran satisfacción suya. ¡ A pie lo haría, si me faltaran barcos !*
- *Aguardad lo que Su Alteza resuelva* – aconsejó el contador.
- *¡ Sí, pero no sin que yo también diga lo que tengo dentro !* – exclamó el marino.

Llegado a bordo Solís, encerrado en su cámara, se puso a escribir febrilmente al Rey. De vez en cuando se interrumpía para lanzar una interjección tanto continuaba siendo su cólera. Después de releer el pliego, serenándose un poco, atenuó cuanto, por demasiado violento, podría considerarse falta de respeto al soberano, y lo puso en limpio. Con mayor libertad escribió también al obispo de Palencia y a Lope Conchillos,

cerró y selló las cartas, hizo con ellas un lío y llamó :

- *¡ Eh, Rodrigo !*

El asistente apareció como si brotara del suelo:

- *¿ Qué manda usía ?*

- *Tienes que hacer una jornada a caballo.*

El gesto de Rodrigo lo hubiera afeado más, a ser posible.

- *Hay que llevar estas pliegos a Almazán, con toda urgencia, reventando caballos. Aquí tienes dinero. ¡ Listo !*

- *¡ Señor ! ¡ Son más de cien leguas ! ...*

Solís le miró y sonrió. Sabía cómo manejar a su hombre de confianza.

- *Está bien – dijo –. Busca un hombre seguro que vaya en tu lugar, pues se trata de algo de mucha monta.*

- *¡ Oh, no señor ! ¡ Yo iré ! – exclamó Rodrigo afligido.*

- *Está bien – dijo –. Busca un hombre seguro que antes de media hora galoparía por esas carreteras, quejándose y echando ternos, pero sin detenerse más de lo preciso.*

En su carta a D. Fernando, Solís descargábase de toda culpa en la catástrofe, provocada por los oficiales que no habían escuchado sus objeciones y previsiones, y decía que sólo aguardaba la venia de Su Alteza para zarpar con las dos naos restantes, aunque esto no

dejara de ofrecer sus peligros. A Fonseca y Conchillos les pedía que hiciesen fuerza con el Rey para que éste le procurara una nave más, en caso de ser posible, y desahogaba con ellos su ira y su indignación contra los « *señores de Sevilla* ». Con esto ya no le quedaba más que esperar pacientemente la decisión del monarca.

Y gran paciencia tuvo que tener, pues los días se deslizaban con lentitud sin otra distracción que las monótonas conversaciones con los pilotos, siempre sobre lo mismo. Afortunadamente, una complicación le sacó de su apatía : el factor y el escribano que habían de ir en la expedición para fiscalizar sus actos (**Nota** : 24 de noviembre de 1514 + 6 de agosto de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXXXII- + 133- + 142-143), y con cuyas buenas intenciones contaba, atemorizados por el naufragio de la carabela, echábanse atrás y pedían que se les reemplazara. Gente de tierra, que sólo había visto barcos desde la marina, la catástrofe les hizo darse cuenta de los peligros de la navegación con más eficacia que cuantos relatos espeluznantes habían oído. Ya se imaginaban que la nao se les ponía de montera, y que el mar se los tragaba de un solo bocado. D. Pedro de Alarcón, el contador y escribano, hombre de bufete, enflaquecido y descolorido por el encerramiento a que sus tareas le obligaban, taciturno y seco, aunque no de mal carácter, odiaba las mudanzas en general, y sólo había

aceptado la de aquel viaje por la tentación del salario crecido, la parte doblada en el tercio de los beneficios que había de repartirse, y la perspectiva de un mejoramiento al regresar. El factor (**Nota : veedor** ; TORIBIO MEDINA, p. 168) don Francisco Marquina, hombre mucho más activo, a pesar de su gordura y rubicundez, era, por el contrario, regocijado y comunicativo, gran conversador, soñaba con aventuras que no había tenido hasta entonces, y este agregábase para él a las razones materiales que animaban al contador. El naufragio de la carabela fué, pues, para ambos chorro de agua que enfrió sus entusiasmos, ya bastante atenuados por una visita que habían hecho a la Portuguesa, cuya estrechez falta de comodidades, si hicieron a Alarcón torcer el gesto, pusieron a Marquina los pelos de punta. Iban a viajar poco menos que como sardinas en banasta, y a tan ingrata previsión agregábase ahora la imagen del posible, quizá del inevitable naufragio ... La mejor sería desistir ...

No convenía esto a Solís, que había contado con la buena voluntad y amistad de los dos funcionarios. Un enemigo o un indiferente, con las mismas atribuciones, podía hacerle mucho daño y paralizar, o por le menos entorpecer, su acción en muchos casos : el contador debía tener cuenta y razón de toda la gente que fuera a bordo y de las cosas de propiedad del Rey, sin exceptuar todas las baratijas que para los rescates se llevaran ;

debía fiscalizar los pagos y adelantos que se hiciesen en los puertos y en tierra de Indias, las presas que se tomaran en mar y en tierra, y cuidar de que el todo fuese entregado al factor ; podía y debía impedir que Solís y su gente negociaran con los indios, pedirle cuantas veces quisiera, el alarde de la tripulación, cuidar de que, hasta en la misma derrota, el capitán general se ajustase estrictamente a lo capitulado. El contador y escribano resultaba, pues, otro jefe de la expedición, con más poder que el jefe visible, si así se le ocurría ... El factor, su complemento y sucesor sin título, podía, en caso de que el otro abusara, ser cómplice u obstáculo.

Cómo logró Solís evitar que Alarcón y Marquina le pusieran en el gravísimo peligro del reemplazo ? Sencillamente haciendo centellear ante los ojos de ambos el favor del monarca, las recompensas cuantiosas, el adelanto seguro, y mostrándoles, si no complacían al amo, el enojo de éste, su desvío, su abandono, que significaría, ni más ni menos, la miseria para la vejez. El miedo al Rey fué mayor que el miedo al mar, y Solís pudo decirse que Vasconcelos debería tomar de él lecciones de diplomacia.

Esta lucha, en que resultó triunfante, acortó los días de espera, hasta que, descoyuntado y con los ojos completamente en blanco, llegó Rodrigo Rodríguez (**Nota : Antonio Rodríguez ; TORIBIO MEDINA, p. 169**), portador de la respuesta del

Rey. Don Fernando decía en ella a Solís que no le afligiese la desgracia ocurrida, pero que no realizase tampoco su propósito de partir antes de haber completado nuevamente la armada. El tomaría todas las medidas útiles para que ésto se hiciese en breve plazo. (**Nota** : 24 de septiembre de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. 160-161)

¿ Querría el Rey tranquilizarlo con buenas, pero engañosas palabras, dejando triunfantes a sus enemigos ? Al leer lo que Lope Conchillos le escribía por su parte, cobró un poco de esperanza. Pero sus dudas no se desvanecieron por completo hasta que, días más tarde, llegó a su noticia que don Fernando acababa de enviar una real orden a los oficiales en la Casa de Contratación poniéndoles poco menos que a las órdenes de su amigo López de Recalde : les mandaba, en efecto que siguieran al pie de la letra todas las indicaciones del contador para que la escuadra de Solís fuera completada y despachada sin tardanza. En cuanto se refiere al piloto, encarecía que fuese "*muy bien despachado (...), con el mayor recabdo posible*" para su viaje. (**Nota** : "*mejor recabdo que ser pueda*", 24 de septiembre de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXLVII + 158-159)

Solís llamó a Francisco de Torres y se encerró con él en su cámara.

- *Trata de saber, sin que nadie se percate* – le

dijo – el estado y condiciones de la carabela que desde nuestra llegada está en desarme en el puerto. ¿ Sabes la que digo ?

- No hay más que una, y estoy al tanto de todo – contestó el piloto –. Ya, desde el primer momento, pensé en ella.
- ¿ Y bien ?
- Por ahora ni se mueve ni hay trazas de que se mueva por mucho tiempo, a menos que ... Pues : se halla en muy buen estado, casi lista para navegar.
- ¿ Crees posible fletarla o comprarla ?
- Muy posible. Los navieros a quienes pertenece no tienen flete ni armadores. Se ven forzados a dejarla dormir ... Como la Casa de Contratación pone tantos impedimentos para los viajes, corren peligro de verla pudrirse ...
- ¿ Sabes cuánto quieren por ella ?
- Puedo averiguarlo.
- Sí, averígualo, pero sin dar la cara. Y asegúrate bien de que su estado es como dices.

En la carabela sólo faltaban, efectivamente, los elementos que no se embarcan sino a última hora. Intervino la Casa de Contratación adelantando a Solís las sumas necesarias, y los navieros, contentos de vender un barco que sólo gastos les producía, no se mostraron exigentes. El aprovisionamiento de la carabela importó setenta y cinco mil maravedís (**Nota** : 2 de octubre de

1515 ; TORIBIO MEDINA, p. 169), que la Casa dió en préstamo al piloto, por orden del Rey, y comenzó a hacerse a toda prisa, bajo la apasionada pero, ¡ay !, inoficiosa inspección de Paquillo, que no abandonaba un minuto la marina.

Había rodado hasta entonces inútilmente alrededor de Diego García, quien le intimidaba cada vez más contra todo lo que hubiera podido esperarse, y que, a pesar de su vaga promesa, parecía olvidado de él ; y en este vía crucis de postulante silencioso y tímido, acompañábale a veces el portugués Enrique Montes, afligido por la larga ausencia de su presunto protector, el mal encarado Rodrigo. El rapaz andaba hambriento y casi desnudo porque ya no hallaba tiempo de recorrer las plazas en la hora de mercado para ver de cobrar alguna manducatoria – aunque fuese una tajada de queso, un tarazón de pescado, un mendrugo, una berza descuidada por la verdulera–, ni a correr a Santa Clara cuando se distribuye la sopa boba.

Ya estaban haciéndose las últimos aprestos en la nao, cuando una mañana Paquillo tuvo el valor de la desesperación y se lanzó hacia el maestro que llegaba.

- *¡ Señor ! ... ¡ Señor !* – exclamó, llevando la mano al ya vago pero aun tenaz recuerdo del birrete de marras.

Pero cuanto pensaba decir no le salió de las labios afuera.

- *¿ Qué quieres, churumbel ? – preguntó malhumorado García.*
- *Pues ... yo... como usía me había prometido.*
- *¡ Acaba, vive Diego !*
- *¡ Pues embarcar ! – exclamó Paquillo con esfuerzo, pero con decisión, y en este grito le iba toda el alma.*
- *¡ Ah, sí ! Ahora caigo ... Tú eres el mozuelo que nada como un peje y zambulle como un delfín ... Búscame más tarde, que ahora llevo prisa.*
- *Lo mismo dijo vuesa merced, y perdone, la tarde del naufragio ... y ... ¡ hasta ahora !*

En esto quiso su buena suerte que se acercase Rodrigo Rodríguez.

- *¡ Hola, almirante ! – exclamó el criado de Solís – ¿ Todavía no se te ha quitado de la cabeza la idea de ser marino ?*
- *¡ Ni se me quitará ! – replicó el chico.*
- *Pues si el maestro quisiera yo te tomaría para enseñarte el oficio.*
- *Si es sin soldada ... – dijo García.*
- *A poder, pagara yo encima – afirmó el arrapiezo.*
- *Pues si Rodrigo te toma bajo su protección, y tú tienes tanta voluntad, no hay más que decir, embarca. Serás grumete en la Portuguesa.*

El muchacho lanzó un vítor que era un alarido, y desapareció en una nube de polvo, dándose con los talones en la cabeza, en dirección a la

capitana.

- *¿ Dónde va ?* – preguntó el maestro.
- *Es muy listo* – contestó el bisojo –. *Ya sabrá lo que debe hacer ... Y a buen seguro que no deserta.*

Así fué. No pasó mucho rato sin que el novel grumete volviese donde quedaba Rodrigo, esta vez en compañía de Enrique Montes. Había corrido a comunicar al portugués que la mano derecha de Solís estaba en su día de distribuir mercedes. Y Montes quedó enganchado también, porque cuando zozobró la carabela algunos hombres se marcharon para no volver, y hacía falta un gaviero. Recomendado por Rodrigo, el maestro lo tomó sin dificultad.

El asistente se encargó de presentarlos al despensero Martín García, que llevaba el rol de la tripulación, y al subir a bordo decía al mancebo :

- *Ahora veremos, chavalillo, si tienes ojos y pies marinos ... para lavar la vajilla.*
- *¿ Cómo te llamas, para poner tu nombre en lista ?* – preguntó el despensero.
- *Francisco.*
- *Francisco, ¿ y qué más ?*
- *Francisco a secas ; no llevo alcuña.*
- *Hartos Franciscos hay a bordo* – observó Martín García –. *Diríase que no hay cristiano que no se llame Francisco.*
- *Apúntalo como Francisco del Puerto* – intervino Rodrigo –. *En el Puerto Real de*

Cádiz se hizo el rico hallazgo de este caballero, y es apelativo que cuadra un gran mareante ... aunque esté en agraz.

- *Pues ya está escrito. Francisco del Puerto eres, rapaz. Conque ya le sabes - concluyó el dispensero.*

Todo estaba, en fin, dispuesto para la partida, y las agujas de marcar, sacadas de sus bitácoras, las ballestillas o báculos de Jacob con que se miden los ángulos, y los misteriosos astrolabios, que con sus círculos cabalísticos revelan longitudes y latitudes a quien sabe leer en ellos, fueron llevados a la Contratación para que los pilotos de la casa los contrastasen y comprobasen su exactitud. Ya sólo faltaba la orden de levar anclas y soltar amarras.

Y una hermosa mañana, después de oír devotamente en la Catedral una misa rezada, todo



el mundo volvió a bordo una hora después de

amanecer, aprontándose a la maniobra. La marina hormigueaba de curiosos que seguían con extraordinario interés todos los movimientos de la tripulación, marineros que subían y bajaban de los obenques, otros que voceaban haciendo girar el cabrestante, otros que arrollaban los cabos o corrían por la cubierta en la aparente confusión y alboroto del momento de zarpar. Los gritos, las exclamaciones, la charla vocinglera de hombres y mujeres que se arremolinaban en tierra sin permanecer quietos un segundo, llegaba hasta las naos como el zumbido de una colmena irritada, y los colores vivos de las ropas, realzadas por el sol naciente que las iluminaba de soslayo, armonizaban de tal modo con aquel rumor, que hombres y cosas parecían de fiesta para augurar buen viaje a los marinos.

Algunos notables habían acudido a bordo a despedirse de Solís ; de los oficiales, sólo Matienzo y Recalde, sus amigos y defensores, habían querido asistir al comienzo de su triunfo, y le abrazaron conmovidos. Pero las naos estaban en franquía, las velas zapateaban como impacientes por tomar el viento, y los bateles de los visitantes balanceábanse a la sombra del casco de las naos. Los que debían quedar en tierra se despidieron por décima y última vez y bajaron a sus pequeñas embarcaciones, un golpe de timón hizo que las velas cogieran viento, y una tras otra,

majestuosa y lentamente, las tres carabelas echaron aguas abajo, seguidas a ambas orillas



del Guadalquivir por los curiosos, que no querían perderlas de vista y las acompañaban, tremolando gorros y pañuelos y ensordeciendo el aire con sus vítores.

Rodrigo Rodríguez, que nada tenía que hacer a bordo salvo servir a su amo, poco exigente a la verdad, de bruces sobre la borda miraba a la multitud que iba alejándose y empequeñeciéndose por momentos, y el fugitivo paisaje, amarillo de sol. A su lado, ataviado con unas ropas nuevas hartamente holgadas, como que eran para un hombre hecho y derecho, estaba su ya inseparable Paquillo. Al grumete le parecía mentira la fácil realización de sus ambiciones, olvidando las hambres y las angustias pasadas hasta que el gran Diego García, a instancias de Rodrigo, su padrino y futuro maestro, le hizo la merced de tomarlo a bordo. La satisfacción le producía una congoja, oprimiéndole el pecho casi hasta impedirle respirar, mientras que las piernas le bailaban de contento y sus brazos se agitaban

involuntariamente como aspas de molino saludando todavía a la ya invisible muchedumbre. ¡ El también corría a la conquista del vellocino de oro y no volvería de aquel viaje sino convertido en un señor ! ¿ No se contaba que era Colón casi un mendigo cuando fué a pedir pan en el convento de la Rábida ? Y, a pesar de eso, ¿ no había llegado a ser almirante del Mar Océano, visorrey, casi el igual de Su Alteza en persona ? Mucho tuvo que padecer, es verdad, pero vengan males, si han de ser tan ricamente premiados, porque nadie pesca truchas a bragas enjutas ...

En estos ensueños estaba Paquillo cuando Rodrigo le llamó la atención sobre la maniobra : la carabela, que navegaba en punta, daba gallardamente vuelta al recodo del río, descubriendo por la proa y a corta distancia la villa de Gelves, con sus casitas que semejaban puntos blancos bajo la vibración del sol. Hacía cerca de dos horas que habían zarpado de Sevilla. Una más tarde pasaron frente a Coria del Río y a la aldehuela de Puebla, que está a su lado. Algo más allá navegaron lentamente entre marismas cubiertas a trechos de frondosos saucedales, cuyo verde tierno contrastaba aquí y allá con el obscuro de los hondos navazos, cuyas hortalizas de otoño maduraba el sol, ardiente todavía.

Caía ya la tarde cuando llegaron a Sanlúcar y anclaron en el fondeadero de Bonanza, que está a una legua de la barra. Hubiérase dicho que todos

los vecinos de la risueña villa, rodeada de hermosos pinares, estaban aguardándolos en la ribera desde que las naves se hallaron a la vista. Y entre aquella buena gente no faltaban, por cierto, los perdularios y vagabundos atraídos y fijados allí por lo que granjeaban merced al gran movimiento que en el puerto mantenía el comercio continuo con Sevilla y la frecuente presencia de las flotas que iban a las Indias o regresaban de ellas. Solís, más temeroso de las francachelas que de las deserciones preconcebidas, ordenó que no desembarcara nadie, salvo los hombres que él mismo comisionase para ir a tierra. Pero las naos no tardaron en verse rodeadas de pequeñas embarcaciones y todo aquel pueblo de marineros pudo charlar a gritos con los que partían, produciendo disonante y continua algazara que sólo comenzó a decrecer ya muy entrada la noche. Y, aunque no tantos, muchos fueron y vinieron hasta el amanecer de la costa a las naos.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

TORIBIO MEDINA, José ; ***Juan Díaz de Solís. Estudio histórico*** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>